

Frente libertario

Madrid,
26 de junio
de 1937

Núm. 210

editado por el comité de defensa confederal ::: región centro.

PARTE DE GUERRA DEL 24 DE JUNIO

"El enemigo, favorecido por determinadas defecciones, ha podido avanzar por la zona industrial de la margen izquierda del Nervión, dominándola"

El tiempo, por desgracia, llevándose jirones de alma popular, nos dió la razón y confirmó las predicciones que repetidamente hicimos

Muchas, muchísimas, demasiadas veces se ha dicho en los periódicos portavoces de determinados grupos del antifascismo español, que "preferían a los jóvenes católicos". Que preferían a los jóvenes católicos que en Vasconia ocupaban las trincheras desde las cuales se sujetaban los esfuerzos de los invasores, a los grupos "incontrolados" que en la retaguardia sólo sabían crear dificultades y que escamoteaban fusiles de los frentes para imponerse por la fuerza de los mismos a los demás trabajadores de la retaguardia. La alusión era demasiado directa para que los periódicos confederales no hicieran oír su voz, serena y enérgica, rechazando los groseros insultos y las bajas calumnias que tales palabras entrañaban. Pero esto ya es agua pasada que hoy no nos preocupa. Sólo intentamos recordar palabras que se pronunciaron. Y también en los grupos que tal opinión mantenían se estimaba que era preferible que los puestos responsables del Gobierno fueran ocupados por representantes de esos jóvenes católicos que tan heroicamente defendían su suelo contra las tropas fascistas, antes que por los hombres representativos de la Organización confederal. Entonces hubimos de contestar debidamente a los que hasta tal punto despreciaban los sacrificios sin cuento que la C. N. T. y la F. A. I. habían realizado por el triunfo de la causa popular y por la victoria del proletariado español.

Pero la C. N. T. y la F. A. I. habían cometido, para esos grupos tan "controlados", el enorme delito de no doblegar el espino ante sus egoísmos y ante sus deseos de absorción. La C. N. T. y la F. A. I. afirmaron en todo momento, además de su deseo inquebrantable de victoria en la guerra y en la Revolución, su independencia, su fe exacta en las propias convicciones, su decisión firme y tenaz de que las auténticas consignas proletarias no fueran empañadas por ninguna transigencia, por ningún pacto del que resultasen afectados en su esencia más íntima los deseos sinceros de todos los trabajadores, las mínimas exigencias de los proletarios españoles. Y esa postura, digna y exacta, era

incompatible con aquellas otras posiciones que creían que de la transigencia podían obtenerse jalones de triunfo, y que de las concesiones tácticas o expresas al enemigo común podía derivarse alguna ventaja para la guerra y para la Revolución. Triunfó el criterio opuesto al nuestro, el criterio contemporizador, la posición transigente.

Entonces, con dolor hondo, con dolor que contempla peligros inminentes, pusimos de manifiesto, clara y rotundamente, nuestra opinión y la posición que sustentábamos como imprescindible. Nuestras palabras cayeron en el vacío, porque eran crudas, porque entrañaban verdades duras, que hacían daño a los que todo lo fían en la sinuosidad de sus actuaciones dobles. Y hoy, cuando todavía no está seca la tinta de nuestros periódicos, la realidad viene a confirmar nuestros temores, y la elocuencia escueta del parte de guerra viene a dar rango de profecía cívica a las opiniones que entonces sustentábamos y que seguimos manteniendo en la actualidad con el mismo vigor.

"El enemigo, favorecido por determinadas defecciones, ha podido avanzar por la zona industrial de la margen izquierda del Nervión, dominándola".

Esas son las palabras del parte de guerra. Esas son las palabras que ponen de manifiesto que elementos a los cuales se acogió con preferencia, a los que se agrupaban en torno a los colores rojo y negro de las Organizaciones confederal y anarquista, no han sabido hacer honor ni a sus compromisos solemnes, ni a las tareas que se les habían encomendado. Esas palabras, que necesariamente calan muy hondo en el corazón de todos los luchadores antifascistas, que palpitan el dolor de los desengaños, del derrumbamiento de la confianza que se atribuyó indebidamente, tienen también para todos los hombres de la Confederación el amargor trágico de ver confirmados por la realidad sus presentimientos, sus temores.

No especulamos con los reveses. Más que a nadie, o por lo menos tanto como el que más, llevamos marcado a fuego en nuestros corazones

los deseos de victoria de los trabajadores españoles, como lo confirma el hecho de que más que a nadie, o por lo menos tanto como el que más, los hombres de la Confederación han sabido enfrentarse con todas las dificultades, han sabido superar todos los sacrificios, han sabido inmolar en aras del triunfo hasta sus más íntimas convicciones espirituales. Pero precisamente porque sangran todas nuestras esperanzas, porque sentimos cómo el dolor cala hasta las raíces de nuestros cabellos llevando a la piel el estremecimiento helado de la fiebre, es por lo que queremos señalar el desgraciado acierto que tuvimos cuando hace tiempo pusimos de manifiesto que la transigencia sólo aboca a los reveses, que las contemporizaciones, no ya con los enemigos, sino también con los tibios y con los inciertos, pueden llevar a consecuencias de extremada gravedad para la causa proletaria y revolucionaria, para el éxito en la guerra y en la Revolución.

En la zona industrial de la margen izquierda del Nervión ha habido defecciones. Lo afirma el actual ministro de Defensa Nacional, que aunque no sea demasiado amigo de las posiciones que mantienen los hombres de la Confederación, tiene el prestigio de su inteligencia y del puesto preeminente que hoy ocupa en los destinos de la España leal. Y esas defecciones, ¿de qué elementos pueden provenir?

Seguramente no serán de los batallones santanderinos y menos aún de los asturianos que han volado en socorro de los hermanos de Euzkadi, incluso abandonando su propia tierra, incluso corriendo el riesgo de dejar escasamente guarnecidos los frentes de sus regiones; seguramente no serán tampoco los auténticos trabajadores vascos que tantas pruebas han dado de heroísmo y que en tantas ocasiones han sentido en sus carnes la garra de la opresión y de la tiranía; seguramente no serán las tropas leales que desde muchos kilómetros de distancia, atravesando por entre mil peligros, han acudido a defender Bilbao y a construir con sus cuerpos, amasados en su propia sangre, la muralla que debía contener

a los invasores. Probablemente esas defecciones hay que buscarlas entre todos aquellos que, por su espíritu de formación, íntimamente católica, no pueden sentir hondo la causa revolucionaria del proletariado español, no pueden comprender en el fondo de sus almas, incluso por encima de sus deseos de separatismo nacionalista, la necesidad urgente de los grandes sacrificios. Porque para ellos la victoria en la guerra y en la Revolución significaba quizás el que su Euzkadi se convirtiera en nación independiente, en Estado libre, pero también acarrea la posibilidad de que sobre esa independencia política se asentasen las bases de una Revolución honda y profunda, que necesariamente perjudicaría sus intereses de hombres de negocios y sus posiciones espirituales de hombres religiosos.

Así, pues, esas defecciones pueden encontrar su motivo en la poca fe en la victoria, más aún, en los pocos deseos de conseguirla limpia y rotunda. Y en semejantes condiciones es más que probable, es seguro, que no se encuentran gentes que estén dispuestas a inmolarle todo, incluso su propia vida, para lograr una victoria que ni les inspira confianza ni sugiere sus más íntimos deseos.

Creemos este un motivo más que suficiente para llevar a todas las mentes de los verdaderos antifascistas que aún pudieran encontrarse vacilantes, la convicción arraigada de que la victoria en la guerra revolucionaria hay que lograrla, no con transigencias del más puro tipo contrarrevolucionario, sino llevando hasta el límite la para nosotros sagrada intransigencia revolucionaria; acusando claramente, en todos nuestros pensamientos, en todos nuestros actos, en todas nuestras alianzas, el estilo claro, rotundo y sincero de los auténticos trabajadores, de los verdaderos oprimidos.

La burguesía espiritual de la religión puede producir excepciones dignas de loa; pero lo común es que ocurra lo que ha pasado en Vizcaya: que no se defiende con ahínco lo que no se desea con fe encendida; y que ante la trascendencia vital de una

(Continúa en la 2.ª pág.)

Alianza sindical.



Cataluña nos señala el único camino recto :-: hacia la victoria :-:

En estos momentos en que el barbarismo contemporáneo trata de fijar su planta, con carácter permanente, sobre un pueblo libre, cuando el Gobierno nos habla de defecciones y la radio nos trae las noticias de un contratiempo bélico en el Norte, el proletariado catalán, fiel a su tradición de vanguardista de la Revolución emancipadora, se apresta a detener en seco la ofensiva del fascismo internacional, haciendo imposible la repetición de los hechos que tan dolorosamente tenemos que registrar en contra nuestra. No puede ser de otra manera como habrán de encuadrarse todos los elementos de que disponemos para pasar de la defensa al ataque, que unificando las energías de las savias vitales de la nación, la U. G. T. y la C. N. T., donde están agrupadas las fuerzas combativas que sirven en los frentes y en la retaguardia.

Ha sido Cataluña la que en primer lugar acusó el aldobonazo faccioso de lo ocurrido en Bilbao, y consecuente con su trayectoria viril ha comprendido que la unidad y la alianza entre la U. G. T. y la C. N. T. es la base de su victoria. Por ello, pese a las maniobras de los políticos, se acaba de trazar un plan de leal colaboración para hacer frente a las contingencias que los últimos éxitos del fascismo pudiera hacer soñar con su repetición en la región catalana.

Es con esta conducta como un pueblo, consciente de su misión histórica, reacciona ante el asombro de los países fascistas y democráticos que nos contemplan allende las fronteras. Es así, solamente así, como habrá de ganarse rápidamente la guerra. El solo anuncio de esta colaboración de la U. G. T. y de la C. N. T. ha servido para que el pueblo recobre parte de la confianza perdida en anteriores desaciertos en que incurrieron los políticos profesionales de turno. Y será con esta alianza estrecha entre las dos grandes centrales sindicales, como se hará extensiva a toda la España leal la

confianza que se precisa para que el decidido propósito de vencer se convierta en una realidad impresionante.

Cataluña señala el único camino. Quien se obstina en querer aparentar sordera o ceguera es un aliado inconsciente de la contrarrevolución. De fuera vendrá el auxilio, cuando en el exterior se confíe en nuestro triunfo. La ayuda es un aditamento a la confianza. Si seguimos manifestándonos débiles en nuestro interior, si nuestra decisión inquebrantable de vencer no irradia su influencia al mundo externo de los cálculos y de las posibilidades a favor o en contra, no se respetará nuestra noble posición de defensores de la independencia nacional. Por el contrario, si el mundo contempla que estamos dispuestos a defender, todos como un solo hombre, nuestras libertades, el fascismo se detendrá, estudiará una nueva forma de ataque que no sea la del atropello descarado, y los que tienen la obligación de salvar a Europa de las garras fascistas vendrán a ayudarnos, convencidos de que nuestro triunfo pagará con creces, en sus propios problemas internos, lo que en razón de justicia y de egoísmo proporcione al triunfo de nuestra causa.

La U. G. T. y la C. N. T. unidas en España nos harán invencibles. Esto lo saben los enemigos de la Revolución española, y por ello tratan, por todos los medios, de dificultar este abrazo U. G. T.-C. N. T. Pero, pese a todos los obstáculos que se ponen en su camino, el proletariado español vencerá a todos sus enemigos. La alianza se hará, como ya está a punto de cuajar en algo indisoluble en Cataluña, para defender la integridad de las conquistas que los catalanes consiguieron aplastando a los Godes y demás perjuros vendidos al fascismo alemán e italiano, y cuando de la imitación hagamos la nuestra, el camino de la emancipación quedará expedito para el heroico pueblo hispánico.

A la sombra de los plátanos

NOVISIMA URBANIDAD

Los españoles leemos poco actualmente. Apenas los periódicos, y éstos, la mayoría de las veces, son hojeados con apresurada impaciencia. Buscamos el plato fuerte, el grito, la noticia sensacional, que sólo llega a satisfacer en contadísimas ocasiones. ¿Qué sucede? Sufre nuestro pueblo una inquietud colectiva que no deja lugar a la meditación. Nos consideramos todos, hasta aquel que más quisiera apartarse de la trágica representación, un poco actores en los acontecimientos, y nos entregamos ciega y torbellino que envuelve la Península, sin pensar en lo que sucederá después.

Generoso empeño ponen algunos escritores que la Revolución ha sacado a la luz pública, en encauzar, siquiera medianamente, determinadas corrientes de opinión que parecen prevalecer, dándoles una orientación de realizaciones futuras. Laudable finalidad que no sería estéril, si dedicásemos a ella todas nuestras fuerzas.

Más, en general, todos vivimos y reproducimos aceleradamente la crónica convulsiva de los acontecimientos; no nos da tiempo de aquilatarla. Vamos grabando los altibajos de este turbulento vivir, como un barógrafo que dejara marcados nuestros an-

helos y nuestras emociones, sin cuidarse de cómo se produjeron.

Y así sucede que, a la incontinente exuberancia oral de los primeros tiempos, ha venido a reemplazar un entrecortado género de expresión, en el que se busca más la substancia, la idea, la verdad inatacable, que la galauna o fluidez del léxico. El tiempo apremia y cada cual desea decir la mayor cantidad de cosas con el mínimo de palabras; y así se empieza a crear un nuevo estilo literario: nervioso, denso, apretado, de imágenes cuyo sintetismo puede parangonarse al de la moderna química que reduce el Universo a la categoría de electrones.

Una buena labor se realizaría, si diésemos en proseguir con estos hábitos adquiridos necesariamente y lográramos inculcar en el pueblo la costumbre del ahorro de energías, que hoy se malgastan neciamente en peligrosas discusiones.

Si pudiéramos con nuestro comportamiento convencer a los recalcitrantes discutiadores que todas las razones tienen en último análisis un núcleo que generalmente suele admitirse por unanimidad, y que es sólo la palabra mal empleada o el gesto desmesu-

Breve y amablemente

Los soldados piden tajo

Fusil, palo, pico, martillo y hoz. Emblema mucho más completo que el comunista. Estriba éste tan sólo en hoz y martillo. Si bien el Partido Comunista por la gracia de Dolores y de Pepé, un Rockefeller en consignas, en órdenes.

Los soldados quieren rellenar sus asuetos trabajando en las obras del ferrocarril en-lace.

Y sin embargo, el interés, la conveniencia presente del país, no consiste o significa "stajanovicen" los soldados durante sus descansos. Cuando ellos regresan, por algo será; sin duda presuponen sus jefes necesitan descanso y reconfortarse junto a sus familiares y amistades.

Disfrutar de reposo, amigos, para en seguida retornar a las trincheras y producir nuevos empujones que quiten el tipo—con o sin consigna democrática de nuevo tipo, fruto constitucional, semblanza de la moda por matriz la rue de la Paix—al enemigo.

En las ciudades de la República sobran hombrachones que, por fas o nefas, aún se dedican a sedentarios trabajos, factibles de ser desempeñados por mujeres.

La Banca, servicios postales, telegráficos, oficinas de Ayuntamientos, Diputaciones, empleo manía diversísima que a causa de la guerra, con su paralización de actividades de orden económico y civil, disponen de hombres con frecuencia fornidos y entre veinte y cuarenta años, sin otra misión, frecuentemente, que trazar pajaritas sirviéndose de la pluma, pluma empleada, claro, no pluma discursadora, sobre volantes y otras hojitas similares de papel.

Ocupación casi de continuo comodísima, fácil, que perfectamente puede ser "stajanovizada" por manos de mujer.

rado lo que hace levantar protestas, habríamos hecho por la unidad antifascista—puesta como ejemplo de necesidades ineludibles—bastante más que todas esas invocaciones retóricas a la fraternidad que suenan como pregón de mercancía.

Parece imposible que cuando zumban los motores y se acerca amenazador el enemigo, rodeado de unos argumentos contundentes, forjados a golpes de metralla, se pueda derrochar tanta palabrería en convencer a deudos y amigos de que es preciso que comprendamos la necesidad de atacarle, antes que se nos entre por casa.

Si después alguien no está conforme con esta actividad nuestra, por no querer dar pasos al frente, sin haber oído antes todos los toques de atención y mando, previstos por el reglamento de su uso personal, nos enzarzamos con el atrevido camarada que discrepa de nosotros, hasta que salen a relucir aquellos aparatos mortíferos que nos hemos hartado de reclamar teóricamente para las trincheras.

Tal es el supremo recurso de la sinrazón en que con frecuencia estamos encastillados. Una vez en la pendiente de la incontenencia, vamos dando tumbos, sin querer por esto dialogar con otros términos que los que salen atropelladamente de una cabeza colocada ya en el disparadero.

Hemos de evitar a toda costa estos espectáculos poco edificantes. Vamos a ver si entre todos, con un poco de buena voluntad, ponemos cátedra de educación social en esta tierra que goza fama de buen sentido.

Procuraremos empezar nosotros. No creáis que nos será muy difícil. Bastará con cambiar el vocabulario y censurarnos, antes que otros lo hagan, los conceptos demasiado duros por su irrefutable verdad. Además convertiremos en redondas las ideas picudas, como quería Ganivet. Es cuestión de mucha lima. Y así quizá consigamos hacer lo que nos dé la gana, con exquisita cortesía.

Con la sola precisión de conocer la fórmula las cuatro elementales reglas aritméticas y leer y escribir.

Porque, aparte la vida del pensamiento y actividades facultativas, las demás precisiones burocráticas civiles llevan, en general, como única exigencia, esta: saber leer y escribir. Ya lo dijo, con otras palabras, repetidas veces Lenin. La burocracia es un camelo burgués.

Dominando las cuatro reglas y la lectura y escritura se cumple casi toda la exigencia burocrática en Ministerios, Ayuntamientos, Banca privada y oficial y otro sin fin de organismos que difuminan en pirandello tecnicismo.

Esos, sí; fornidos burócratas debieran sudar de su frente en los tajos del ferrocarril Valencia-Madrid. Y no los soldados.

El soldado a guerrear. El soldado y sus mandos. Ya que sinónimo de extrañeza demanden tajo los soldados y en cambio sus militarmente jefes quizá supongan el Tajo, río, un canal en el planeta Marte.

(Continuará.)

Ferrocarril de ayuda a Madrid

¡Ahí hay un puesto para todos!

EL SINDICATO UNICO DE LA CONSTRUCCION DE MADRID HACE PUBLICO, POR MEDIO DE ESTA NOTA, QUE EN SU DOMICILIO SOCIAL SE INSCRIBE Y FACILITA VOLANTE A CUANTOS AFILIADOS A LA CONFEDERACION NACIONAL DEL TRABAJO QUIERAN TRABAJAR EN DICHO FERROCARRIL.—EL COMITE.

Parte de Guerra del 24 de junio

(Viene de 1.ª página.)

hora peligrosa, se olviden las promesas que se hicieron montadas sobre intereses, o bastardos o insinceros.

Recuerden siempre los redactores de "Ahora", y con ellos todos los colegas de su mismo grupo, que, por esta vez, la Confederación Nacional del Trabajo supo, por desgracia, profetizar lo que ha ocurrido.

Y no olviden tampoco los hombres que gobiernan los destinos de España, que también en los momentos actuales la Confederación Nacional del Trabajo está defendiendo y apoyando una actitud clara, opuesta a las inclinaciones predominantes en determinados sectores. Y que en el caso de que se desatendieran las indicaciones de la C. N. T. y ésta volviera a poder decir el día de mañana que había, nuevamente, acertado en sus predicciones, entonces sería ya demasiado tarde para aprontar soluciones a lo irremediable.

Remediese lo que aún puede remediarse. Y sáquense del pasado las enseñanzas —dolorosas— que éste nos brinda.

T. Socializados del S. U. de I. G.—C. N. T.